

Camboya/ Mediterraneo

Si Nixon quisiera buscar soluciones políticas en Indochina, compensaría a sus halcones señalándoles que el músculo de los Estados Unidos debe mostrarse fuerte en el Mediterráneo oriental sin desgastar su poder en el «asunto menor» de Asia...

Ciertamente no habrá un enfrentamiento nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética por la cuestión del Oriente Árabe. Las advertencias en tono apocalíptico del Presidente Nixon parecen destinadas a cambiar el punto de atracción de los observadores, como los prestidigitadores de circo tratan de que los espectadores fijen su atención en una de sus manos, mientras realizan el truco con la otra. Los resultados militares y políticos de las operaciones de Indochina son negativos. Para los intereses norteamericanos, Camboya está ahora peor que antes de la invasión. Tailandia puede precipitarse en la guerra de un momento a otro. El Senado ha sido muy hostil para Nixon, mientras las fuerzas de mayor rigidez le acusan de blando, de prestarse a los compromisos. Nixon, ahora, trata de levantar otra vez el viejo espectro del terror atómico. ¡Qué fácil resultaba gobernar en pleno terror atómico! Le era fácil a Stalin, le era fácil a Nixon, vicepresidente de Eisenhower. Sus súbditos, naturales e imperiales, se plegaban a todas las disciplinas, a todas las violencias ideológicas; aunque traicionasen sus principios personales y constitucionales, estaban unidos ante un peligro que se definía como el máximo: la desaparición de la especie humana. Por algunas razones, la psicología del terror atómico fue desapareciendo o atenuándose. Porque una tensión de esa índole no se puede mantener eternamente o por la convicción de que la guerra nuclear no está aún en los intereses de las clases dirigentes. Cuando se atenuó esa sensación de peligro máximo, los principios humanos —de la democracia o del socialismo— volvieron a emerger y a marcarse claramente las contradicciones en las sociedades de Berkeley, París o Praga. El mundo volvió a ser difícil de gobernar por medio de fórmulas fijas.

La situación en la zona mediterránea oriental es lo suficientemente aguda como para que pueda servir para estos propósitos. Bien explotada puede encubrir la de Indochina, tanto si en esta desventurada península se intensifica la guerra como si se busca



una paz que pudiera ser vergonzante. El nombramiento de David Bruce como embajador jefe de las conversaciones de paz en París —un diplomático veterano, flexible, realista; un demócrata liberal— parece coincidir con la referencia a la posibilidad de crear un gobierno de coalición en Saigón y con algunas frases que indicarían que Nixon busca ahora ciertas fórmulas de retirada. Claro que Nixon ha presentado esa operación como una consecuencia de lo que considera una «mejor posición de fuerza» en Indochina, fiel a su antigua idea de que para negociar es preciso ser más fuerte que el contrincante; pero no hay ninguna prueba de que la realidad sea esa. Si finalmente la nueva línea fuese la de buscar soluciones políticas en Indochina —y no hay ninguna seguridad—, Nixon querría distraer a sus halcones, o compensarles, señalándoles que el músculo de los Estados Unidos debe mostrarse fuerte en el Mediterráneo oriental sin desgastar su poder en el «asunto menor» de Asia.

El énfasis que ha puesto al describir la crisis mediterránea, en involucrar los intereses directos de Estados Unidos, parece un llamamiento directo al nacionalismo. Ha señalado que la creciente presencia soviética supone una amenaza a los puntos estratégicos de Estados Unidos y de su alianza principal, la OTAN, de la que aquella zona es una «bisagra», una «puerta». La Unión Soviética trataría de controlar el petróleo del Irán y el de Arabia Saudita, el de los emiratos del golfo Pérsico, y ese petróleo es vital para los países de la OTAN en Europa, para Japón. Parece que a este tono es más sensible y responde mejor la opinión pública de los Estados Unidos que al de los «grandes principios», notablemente desprestigiado. Es decir, no se trata ahora de comprometerse en una guerra para defender el «derecho a la libertad y a la democracia» en un lejano país, sino para defender las fronteras estratégicas y económicas de los Estados Unidos. Ayudar a Israel, en este caso, no sería solamente un deber «moral», sino una conveniencia.



Por otras razones, la intervención de Estados Unidos en el Oriente Árabe es más popular que la de Indochina. Los hebreos constituyen un poderoso grupo de presión en los Estados Unidos, en todo el mundo occidental y —como frecuentemente se ve— aun dentro del campo socialista. Los medios de información y de opinión suelen serles afines y cuentan con intelectuales de gran talla. Al margen de este poder —o quizá no tan al margen—, millones de personas en el mundo se sienten identificadas con la imagen del pequeño pueblo formado por los supervivientes de milenios de persecuciones que lucha por su supervivencia. Nixon ha insistido también en esta imagen. Los Estados árabes «quieren arrojar al mar a Israel». En los Estados árabes esta tajante afirmación ha causado el natural terror, puesto que cada vez que se ha emitido han sido víctimas de una agresión. Pero en el discurso de Nixon son ellos los que aparecen como agresivos y sus comandos palestinos como «superradicales».

Cualquier vistazo al mapa actual de los territorios en litigio mostraría situaciones muy distintas. Hay una superioridad militar israelí abrumadora, una gran parte de territorios árabes están ocupados por Israel y más de un millón de ciudadanos palestinos, arrojados de su hogar ancestral, acampan desde hace años en circunstancias trágicas. En los países árabes se tiene más bien la impresión de que Israel trata de arrojarlos al desierto. Parece que de lo que tratan hoy es de reconquistar el territorio perdido, de colocar a los palestinos y, si nos atenemos a sus declaraciones, de aceptar la existencia de Israel. Ciertamente, hace años se oyó el grito de «arrojemos a los israelíes al mar»: quienes lo lanzaron —como Ahmed Chukeiri— están hoy apartados de todo poder, incluso aislados y vigilados. Los Estados árabes aceptaron la resolución de la ONU en 1967, y esa resolución establecía que los árabes respetarían la existencia de Israel y éste devolvería los territorios ocupados. Parece que hoy tratan principalmente de que se cumpla aquella resolución y no obtiene satisfacción.

La nueva posición de Estados Unidos está en contradicción con el propio «plan de paz» emitido por el Departamento de Estado, cuyas posibilidades se han arruinado con las declaraciones de Nixon. Parece que hay una oposición abierta entre el secretario de Estado, Rodgers, y Nixon y sus asesores. Todo el trabajo de Rodgers para montar un plan de paz con una relativa coherencia se ha venido por los suelos, y parece también que el «plan» soviético (véase en las páginas 9 y 10 de este número) queda también fuera de lugar. La forma de rechazarlo de Washington ha sido curiosa. Un portavoz del Departamento de Estado se ha limitado a decir que «no existe», que lo que hay son «sugerencias o fórmulas» o una «iniciativa soviética». Ciertamente, Washington no tiene interés en admitir un plan de paz soviético cuando lo que el Presidente asegura es que la URSS está interesada en la prolongación de la situación de guerra para mantener mejor su control.

La defensa de intereses directos, la identificación con Israel, la nueva definición de la Unión Soviética como enemigo eterno e incesante, la falta de necesidad —por ahora— de enviar tropas del contingente a aquella zona son puntos que pueden ayudar a Nixon muy eficazmente a desplazar el punto de tensión, sobre todo si realmente busca unas soluciones en Indochina. La idea de un enfrentamiento nuclear entre las dos grandes potencias es, en cambio, contraproducente. Por una parte, no tiene por el momento visos de credibilidad, pero, por otra, si llegase a ser creída, provocaría la reacción contraria a la buscada. Tal como está emitida, parece también dirigida a la URSS, para que reduzca su intervención, y a los países árabes, para que entiendan que si se siguen apoyando en la URSS su destino puede ser peor de lo que es aún. Pero para que los países árabes no se apoyen en la URSS tendría que darles otra salida. La convicción hoy, en El Cairo, es que una renuncia a la cooperación que les brinda la Unión Soviética sería un suicidio. La descripción de Nixon les quiere hacer ver que continuar con la cooperación soviética es otro suicidio.